

## RESEÑAS

Edward W. Said, *Representaciones del intelectual*, trad. de Isidro Arias Pérez, México, Random House Mondadori, 2009, 144 pp.

Ante todo, el intelectual es un crítico insobornable o debería serlo según Said. *Representaciones* analiza el papel que el intelectual debería asumir en estos tiempos. Por momentos haciendo las de honesto delator incómodo de los corrompidos, o acaso como necesario acto catártico para el autor, la observación y defensa justificada (al menos moralmente) de las distintas cualidades, a su juicio, indispensables para definir al intelectual, constituyen la materia del libro. Su posición es innegociable: el intelectual es alguien exclusivamente crítico, “se niega a aceptar fórmulas fáciles”, estereotipos, a adherirse convenientemente al dictamen del poderoso y sus actos. La vocación del intelectual implica una “actitud de constante vigilancia, como disposición permanente a no permitir que sean las medias verdades o las ideas comúnmente aceptadas las que gobiernen el propio caminar” (p. 40).

En este libro, cuya reedición celebramos, Said destaca como los rasgos fundamentales del intelectual, que propician el buen desempeño de su esencial labor crítica, su independencia y autonomía, su imprescindible libertad de pensamiento. También reconoce que es alguien provocador e incómodo para las instituciones modernas, desafiador del *statu quo*, pero, y justo por ello, necesariamente marginado. Esto no lo deja inerte, pues “el principal bastión del intelectual laico es la libertad incondicional de pensamiento y expresión” (p. 69). La batalla no se dirige sólo contra la injusticia, el poder y la mentira, sino aun contra el *statu quo*. Por un lado, el verdadero intelectual va a contracorriente: anteponiendo, como escudo, sus irrenunciables convicciones en la lucha por la justicia y a favor de los oprimidos; combatiendo la inmoralidad del poder con el filo de sus firmes valores; involucrándose en una disputa interminable por la verdad. Pero, a su vez, se enfrenta a sí mismo, a su debilidad ante la fascinación de dos tentaciones: el poder y la especialización.

Con la autoridad que le otorgan, por un lado su experiencia personal y directa en el conflicto israelí-palestino y por otro su temprano “exilio” en

Estados Unidos, Said se permite un capítulo (conferencia originalmente: el libro es la serie de conferencias que impartió en 1993 en la BBC, como parte de las Reith Lectures, conferencias radiofónicas transmitidas anualmente por esa cadena) sobre el exilio y otro sobre el nacionalismo en la actividad del intelectual. Sobre este último, subraya inteligentemente su papel nocivo para el ejercicio de la crítica. “Al intelectual le incumbe [...] la tarea de universalizar explícitamente la crisis, de darle un alcance humano más amplio a los sufrimientos que haya podido experimentar una nación o raza particular, de asociar esa experiencia con los sufrimientos de otros” (p. 57). El intelectual independiente debe universalizar sus criterios; no debe renunciar “nunca a su sentido crítico por causa del nacionalismo”, ni ser acríticamente fiel a ningún gobierno.

En cuanto al exilio, Said logra transmitir el sentir del intelectual autoexpulsado, el intelectual marginal y *exílico* (que no necesariamente el exiliado, pues algunos logran adaptarse muy bien y desarrollan un sentido de pertenencia plena a la sociedad que los acoge), quien padece un abrumador sentido de disonancia y nunca se considera plenamente adaptado. Siente el mundo en el que habita como algo exterior y ajeno. Si bien no es explícito, sí es posible identificar con claridad una intersección entre esta naturaleza marginal, de autoexpulsión, y la independencia y autonomía por las que Said aboga. Como desadaptado, no hay manera de que el intelectual procure alinearse con el poder, someterse a las convenciones sin cuestionarlas, adular a la autoridad, aprobar incondicionalmente sus actos, pues implicaría un yerro lamentable.

Por lo demás, la sólida formación literaria de Said le permite echar mano de “ciertas novelas insólitas” para, con gran acierto, ilustrar los rasgos esenciales del intelectual que él propone. Así, encontramos de pronto a Bazarov, el joven anárquico creación de Turgenev, de “inteligencia cuestionadora y profundamente polémica” (p. 33); o al personaje joyceano, Stephen Dedalus, “intelectual guiado por el lema luciferino *non serviam!*”, para quien “pensar es una forma de experimentar el mundo” (p. 34). No le toma mucho esfuerzo a Said mostrar con claridad cómo dentro de ellos, agitado, bulle el animal terriblemente crítico y marginal que el verdadero intelectual forzosamente lleva soterrado, agazapado dentro de sí. O en Moreau y Deslauriers, personajes principales de *La educación sentimental*, de Flaubert, denuncia la falta de fidelidad a los principios, esa necesaria pureza del intelectual firme en sus convicciones, que en no pocas páginas puede leerse entre líneas. Ellos ilustran la vulnerabilidad del intelectual a sucumbir, “a no ser capaces de mantenerse fieles a su pretendida vocación de intelectuales” (p. 36). La fascinación que aun un ápice de poder o riqueza puede ejercer sobre el intelectual es inaceptable.

Libre de patria y de vínculos comprometedores que lo pongan al servicio de algún gobierno o corporación, el intelectual debe ser esencialmente un crítico feroz del *statu quo*; alguien que, con base en valores firmes, adopta una franca posición crítica ante el mundo, sin comprometer su discurso con nadie ni nada que no sea su inflexible pacto con la verdad y la justicia.

IVÁN MARTÍNEZ

Jean-Luc Wingert, *La vie après le pétrole. De la pénurie aux énergies nouvelles*, prefacio de Jean Laherrère, París, Éditions Autrement, 2005, 238 pp.

Hay un aspecto en la historia de la civilización occidental que a veces se olvida: el progreso material experimentado en los últimos dos siglos no hubiera sido el mismo sin el petróleo. No solamente nuestro modo de vida debe a los hidrocarburos la mayoría de las muestras de nuestro desarrollo material; incluso muchas proyecciones se han hecho –y se siguen haciendo– sobre la base de combustibles fósiles abundantes. La ciencia ficción suele postular o suponer fuentes casi inagotables de energía que permiten al ser humano llegar a confines remotos, sin embargo, la realidad puede ser mucho más problemática.

Aparecido en 2005, *La vie après le pétrole. De la pénurie aux énergies nouvelles* (*La vida después del petróleo. De la penuria a las nuevas energías*) es un libro que busca provocar debate sobre el lento, pero seguro, declive de la explotación del petróleo. Su autor, el ingeniero y consultor francés Jean-Luc Wingert, presenta elementos para reflexionar sobre el porvenir de la raza humana como consumidora de energía. De paso, su obra arroja luz sobre las cuestiones más inciertas del suministro energético para el hombre, ofreciendo un panorama no del todo esperanzador.

El libro de Wingert consta de dos partes. En la primera, que abarca los primeros cinco capítulos, el autor esboza el panorama actual de la explotación del petróleo y de sus reservas; en la segunda parte se muestran opciones a mediano y largo plazo.

El primer capítulo está dedicado a lo que el autor denomina “la omnipresencia del petróleo”. Ahí se explica que la propiedad más importante de este material es que se trata de un líquido, lo que conlleva muchas ventajas en cuanto al transporte y el almacenaje. Asimismo, Wingert describe la enorme contribución energética que este material tiene, lo que permite entender su importancia en nuestras vidas. Cerca de la mitad del consumo

energético del mundo actual se basa en el petróleo (le siguen el carbón, el gas natural, la energía nuclear, la energía hidráulica y las llamadas fuentes alternativas). Más de 20 000 millones de barriles de crudo se consumen anualmente, según estimaciones de la Asociación para el Estudio del Pico del Petróleo (Association for the Study of Peak Oil, o ASPO, a la que Wingert cita frecuentemente). El autor también menciona cómo la mayor parte del consumo se ubica en Estados Unidos y en Europa Occidental; sin embargo, un estadounidense consume casi dos veces más energía –petróleo especialmente– que un europeo por un nivel de comodidad equivalente (p. 23).

Otro de los puntos sobresalientes de la obra es lo referente a los usos del petróleo. Como expone Wingert, el petróleo es simplemente indispensable para las necesidades actuales de transporte: cerca de la mitad del petróleo se ocupa actualmente para este fin. La calefacción y la generación eléctrica ocupan la siguiente posición en necesidades, pues consumen poco más de un cuarto del petróleo extraído anualmente. Por su parte, la industria petroquímica emplea alrededor de 8% del petróleo consumido. Le sigue en orden de importancia la industria agroalimentaria; el petróleo prácticamente interviene en todo el ciclo de producción agrícola en nuestros días. Junto a la estructura de consumo del petróleo, deben considerarse las necesidades de las fuerzas armadas en el mundo, tan cruciales, que Wingert apunta que quizá la última gota de combustible petrolero será consumida por un vehículo militar.

El segundo capítulo del libro está dedicado a la explicación sobre el pico de producción de petróleo (*peak oil*) y al fenómeno de agotamiento (*depletion*) de las reservas petroleras. Como muestra el autor, no se producirá en forma súbita una interrupción en la explotación petrolera. Lo que ocurrirá será un declive gradual en la tasa de extracción del petróleo. El pico del petróleo (*peak oil*) será el cenit del ritmo de explotación del material. Este ritmo puede verse como una curva de campana o de U invertida, cuya cresta indica el momento en que la tasa máxima de explotación se alcanza, a lo que posteriormente sigue el agotamiento paulatino de las reservas. Concebido por el ingeniero Marion King Hubbert en la década de 1950, este concepto ha permitido a generaciones de estudiosos comprender el porvenir del petróleo a largo plazo. Aunque prácticamente existe consenso en torno al pico del petróleo, se mantiene la discusión acerca del año en que se producirá. Wingert describe algunas predicciones elaboradas por agencias internacionales y por otros expertos, así como los métodos seguidos para llegar a tales pronósticos.

El siguiente aspecto por considerar es el de las reservas mundiales de crudo. Al igual que la predicción de los probables picos de petróleo, la medición de reservas no está exenta de problemas. Como el autor observa,

hay discrepancias entre cifras oficiales de países, datos de organismos internacionales y estimaciones de expertos. Factores políticos y económicos intervienen en la información que se da a conocer sobre cuánto petróleo queda en el mundo (con diferencias expresadas en miles de millones de barriles). Ahora bien, las estimaciones sitúan el pico de petróleo en un rango de años bastante amplio, entre 2006 y 2025. Las variaciones obedecen tanto a las diferentes estimaciones sobre las reservas existentes como a las previsiones de reservas por descubrir. Un aspecto central es que, desde los años setenta, no ha habido más yacimientos gigantes descubiertos; nuestro Cantarell, actualmente en declive, fue descubierto hace ya más de treinta años. Desde entonces no se han integrado nuevos yacimientos con una producción que supere el millón de barriles por día (p. 48). Muchas de las predicciones sobre el pico petrolero suponen una mayor producción gracias a la explotación de yacimientos de petróleo no convencional, como las arenas bituminosas en Canadá. Wingert pone en duda las previsiones más optimistas con base en esa posibilidad, toda vez que la explotación de esos yacimientos requiere a su vez de tanta energía, que la ganancia energética sería pobre y, por ello, poco sostenible. Ahora bien, la forma que describiría la U invertida sería bastante abierta si se incluye en el cálculo los aportes de nuevas reservas, de mayor eficiencia en el consumo de energía y en la contribución de otras fuentes.

La segunda parte del libro proyecta posibles escenarios próximos. La mayor contribución del autor reside en mostrar que ninguna otra fuente puede suministrar la energía suficiente dadas las necesidades actuales del ser humano. Las fuentes alternativas de energía (como la solar, la eólica o la geotérmica) se encuentran aún a la espera de mejoras en rendimiento y eficiencia. En los países de la Unión Europea, en promedio 5% de la energía total consumida proviene de las energías renovables. La energía nuclear –pilar de la generación eléctrica en Francia, país del autor– también acarrea problemas. A las inquietudes sobre la seguridad de las plantas debe añadirse que el uranio también presenta limitantes en su extracción. Al igual que con los hidrocarburos, las reservas de uranio también pueden agotarse.

Frente a ese panorama, el autor proporciona un estudio sobre un porvenir energético distinto, en el que el modo de vida que el ser humano ha mantenido hasta ahora tendrá que verse alterado. El primer rubro que será afectado será el del transporte (más de 95% de los transportes actuales utilizan petróleo en alguno de sus diferentes derivados). Después de los vuelos comerciales de corta distancia, el automóvil es el vector que más petróleo consume por persona transportada (p. 179). Dejando de lado la bicicleta y el desplazamiento a pie, el metro y el tren son los medios más eficientes con respecto al consumo de petróleo. La cuestión que inhibe el desarrollo

de redes más amplias de vías férreas es el costo. Para contar con una red ferroviaria que minimice otras opciones de transporte, es necesario realizar inversiones cuantiosas. Asimismo, las innovaciones en materia de transporte tardan varios años en ver la línea de ensamblaje. Una reorganización del transporte a escala mundial conllevaría, en cálculos del autor, entre diez y cincuenta años; tales rangos de tiempo son superiores a los mandatos electorales, cuestión que destaca el autor.

La naturaleza a corto plazo y maximizadora de beneficios del orden capitalista actual impone límites a las posibles soluciones que se pueden vislumbrar para hacer frente a un mundo con menos petróleo. En palabras de Jean-Luc Wingert, “no existe ninguna inteligencia global del capitalismo que se limite a sí misma, salvo que no haya recursos naturales por explotar” (p. 191).

Aunque no se le puede acusar de parcialidad, Wingert basa muchos de sus argumentos en postulados de Jean Laherrere y de Colin Campbell, dos ingenieros petroleros que dirigen la ASPO. Es notable la influencia de ambos pensadores cuando trata aspectos como la medición de reservas, la forma de la curva de declive del petróleo o la estimación del año de pico. Por ejemplo, Wingert se adhiere a la tesis de Laherrère y de Campbell de que el pico de petróleo se alcanzará hacia 2015.

Esos postulados nutren un debate que pocas veces rescata argumentos rigurosos, por poco optimistas que éstos sean. Ahora bien, otro de los puntos más destacables del libro es la comparación de datos y cifras de fuentes diversas: la Agencia Internacional de la Energía (IAE por sus siglas en inglés), compañías petroleras, sitios electrónicos especializados y libros sobre el ámbito petrolero. La diversidad de las fuentes opera a favor del rigor del libro; cabe señalar, con todo, que son diversas, mas no abundantes: unos cuantos libros de historia y geopolítica, varios más sobre la industria petrolera, seis obras sobre energías renovables y varios portales electrónicos. De cualquier forma, el panorama de la industria del petróleo bosquejado por Wingert logra brindar al lector mucho más que generalidades sobre la materia.

Aunque se menciona tangencialmente, el libro no busca cubrir un aspecto importante: la política detrás del petróleo. Las premisas y sugerencias del autor sólo pueden ponerse en práctica si existe una voluntad política dispuesta a ello. Periodos políticos de corto plazo y problemas de largo plazo no constituyen una fórmula perfecta para brindar soluciones inmediatas. A pesar de ello, queda un espacio para la esperanza tras la lectura de este libro. Como menciona su autor, el hombre ha dependido de diversos sistemas energéticos a lo largo de la historia: viento, agua, animales, carbón, vapor, etcétera. En diversas etapas, cuando el uso de un sistema energético

dejaba de ser viable, entraba en escena una transición energética. Algo parecido ocurrirá con el petróleo. Sin embargo, la gran dependencia que hay por el oro negro, gracias a sus propiedades químicas y su fácil manejo, han hecho que el debate sobre esa necesaria transición energética se haya ido posponiendo una y otra vez.

El libro está escrito con un lenguaje claro para lectores poco familiarizados con el tema petrolero. No obstante, tampoco se trata de una obra dedicada a brindar recomendaciones puntuales de política para dirigentes, mucho menos acciones para el ciudadano común. El propósito es más bien despertar conciencias sobre el porvenir de nuestro modo de vida. La relevancia del tema es más que evidente en una época en que se conjugan un consumo sin límites, un impacto ecológico alarmante y el surgimiento de nuevas potencias como la India o China, que buscan acceder a un modo de vida occidental en un momento en que es necesario diseñar otro.

Una de las partes que más se prestaría a debate está donde intenta explicar cómo el modo de producción capitalista plantea desafíos a la necesaria transición energética que debe emprenderse. La búsqueda de rentabilidad, corazón mismo del capitalismo y origen de la globalización de nuestros días, implica el abandono de proyectos más sustentables y a más largo plazo, siempre que se ponga en cuestión ese criterio o se pretenda imponer un límite al crecimiento. Ni las crisis petroleras anteriores –en 1973 y en 1979– ni las subidas en los precios del crudo en 2004 lograron que los dirigentes del mundo repensaran seriamente los mecanismos del crecimiento económico actual. Algo parecido parece ocurrir con el cambio climático: la gravedad del problema no parece acorde a las medidas para mitigarlo. Acaso el calentamiento global –relacionado parcialmente con el uso intensivo de combustibles fósiles– pudiera proporcionar un aliciente adicional para buscar otros modos de producción y desarrollo.

Queda una pregunta por responder: ¿cómo podrán darse las soluciones al problema planteado en el libro? Jean-Luc Wingert ofrece una pista. Después de una toma de conciencia progresiva (que sin duda llevará tiempo), “será necesario que un consenso político se establezca y que varias acciones significativas sean puestas en marcha. Para ser eficaces, por naturaleza serán antiliberales” (p. 196). En esta línea, el autor pone sobre la palestra un ingente tema de debate: ¿qué modo de desarrollo deberá tener el hombre para sobrevivir en el futuro? Sería valioso contar pronto con una traducción al castellano para la reflexión sobre estas cuestiones en nuestra sociedad.

Mercedes Botto (coord.), *Saber y política en América Latina. El uso del conocimiento en las negociaciones comerciales internacionales*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

Diana Tussie (ed.), *The Politics of Trade: The Role of Research in Trade Policy and Negotiation*, Boston, Republic of Letters Publishing / Brill, 2009.

Probablemente Keynes<sup>1</sup> tenía razón cuando decía que “para bien o para mal, son las ideas, no los intereses creados, las que resultan peligrosas”. Lo que no resulta tan claro es en qué medida las ideas que provienen de la investigación influyen en las decisiones gubernamentales. Con todo, el famoso economista llegó incluso a decir que “los hombres prácticos, que se creen bastante exentos a cualquier influencia intelectual, son usualmente los esclavos de algún economista difunto. Los hombres locos en el poder, quienes oyen voces en el aire, destilan su locura de algún escritor académico de años atrás”. Al menos esa es la duda que dejan los dos libros que aquí reseñamos sobre el papel de la investigación en el desarrollo del libre comercio internacional.

El primero, coordinado por Mercedes Botto, investigadora de Flacso-Argentina, fue publicado en 2007 en español y en 2010 en inglés (Routledge). Estudia el papel de la academia en las negociaciones comerciales externas de países latinoamericanos. La introducción y los primeros dos capítulos tratan aspectos teóricos generales de la relación entre el conocimiento y la política comercial externa; dos capítulos son estudios comparativos sobre el tema en países del Mercosur; dos más presentan casos nacionales (México y Uruguay); y un último es un estudio nacional y a la vez sectorial (relacionado a los servicios de salud y educación en Argentina). Como suele ser el caso en muchos libros editados, los textos son producto de un seminario, organizado por la Unesco y el gobierno argentino en 2006.

Como también suele ocurrir, el libro inicia con una introducción de la editora, que afortunadamente va más allá de meramente resumir los textos, para ofrecer cierta discusión de temas como el papel del conocimiento y la investigación en las políticas públicas, los enfoques y dificultades metodológicas para el estudio de dicho papel, la naturaleza (distributiva) de la política comercial externa y los retos de la misma. Termina ofreciendo algunas ideas para la construcción de una agenda de investigación sobre el papel de la academia en el desarrollo de esta política. Botto señala que “la prolifera-

<sup>1</sup> John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Londres, Macmillan, 1936.

ción de negociaciones comerciales en los años noventa [...] promovió una integración elitista, donde un pequeño grupo de intereses o empresas se beneficiaba de las negociaciones a costa de las mayorías” (p. 40). Debe notarse sin embargo que el modelo proteccionista beneficiaba al sector privado a costa de la sociedad en su conjunto, que tenía que pagar sobrepuestos por un gran número de productos, además de padecer la falta de variedad o acceso a muchos de ellos. Con todo, vistos algunos resultados a varios años de iniciada la apertura comercial en los países latinoamericanos, algo o mucho de verdad hay también en su afirmación. Por ello, vale la pena resaltar su preocupación final por lo que llama “los buenos procedimientos” y “las buenas causas”. Entre los primeros están el mayor control social y la mayor transparencia en la gestión estatal; entre las segundas, “el debate sobre los impactos de la liberalización comercial sobre la pobreza y la inequidad tendientes a promover un debate sobre cómo asegurar no sólo el crecimiento económico sino una mejor y mayor equidad en la distribución” (p. 41). En su opinión, puede haber elementos para “documentar” nuestro optimismo al respecto, ya que “en la actualidad, América Latina parece asistir a la reaparición de espacios de acción política más inclusivos que sirven de contrapeso necesario del Estado para la construcción de un modelo de desarrollo alternativo y menos subordinado a la globalización” (*loc. cit.*). Este tema de la utilidad de la investigación académica para la defensa del interés general en una nación o una sociedad, también subrayado por Blanca Torres en su capítulo sobre México, es un tema central aquí, por lo que habré de regresar a él al final de esta reseña.

No es posible resumir en estas páginas el contenido de cada uno de los capítulos del libro, pero vale la pena destacar brevemente algunas de sus ideas más interesantes. En este sentido, el texto de Diana Tussie con Pablo Heidrich sobre los desafíos de la investigación ofrece un cuadro que resume bien los tipos de impacto que la misma puede tener sobre la política comercial, y que varía según la etapa del proceso de dicha política. Así, en la etapa de formulación la influencia suele ser baja; por ejemplo, cuando se está tomando la decisión de negociar la investigación se suele circunscribir a la convocatoria pública para realizar estudios de impacto general, mientras que en la formulación de reglas suele limitarse a estudios normativos. El impacto aumenta considerablemente en la negociación –por ejemplo, en el momento de intercambio de concesiones los estudios sectoriales de costos y beneficios suelen abundar y ser muy importantes para los negociadores–, aunque en la etapa propiamente de implementación los estudios se limitan a monitorear las concesiones recibidas. De esta manera, estos autores adelantan lo que se podría derivar como la conclusión global del libro, esto es, que la investigación ha servido más bien para legitimar y apoyar las

decisiones tomadas por los gobiernos para iniciar procesos de apertura o negociación. Esto es así tanto en países como Uruguay, según muestra el capítulo de Zurbriggen, como en negociaciones vinculadas al sector educativo en Argentina, donde se podía haber esperado una influencia mucho más grande del sector académico, la cual sin embargo, a decir de Botto y Peixoto, no se materializó. Probablemente algo tenga ello que ver con lo que Ventura señala en su corto capítulo sobre el papel de la academia: “la mejor manera de descalificar a un técnico en una negociación regional es ‘acusarlo’ de académico” (p. 79).

Aparte de la introducción, Botto desarrolla un capítulo adicional que estudia el papel de los *think tanks* en las negociaciones en los casos de Argentina, Brasil y Chile. Aunque el texto confirma para los tres países la misma conclusión general arriba expuesta, la autora nota una diferencia en el caso chileno. Éste “ha ido ampliando su agenda de investigación hacia temas no arancelarios” y, “a través de un proceso de aprendizaje histórico [...], ha fortalecido el diálogo público-privado en torno de la definición de metas de mediano y largo plazo” (pp. 117 y 121). Ya aquí la autora presenta las conclusiones que repetirá en otro capítulo de su autoría, en este caso junto con Cintia Quiliconi, sobre los casos brasileño y argentino. Allí se muestra que en el primero de estos países no hay impacto de la investigación académica porque casi toda la investigación se realiza *in house*, esto es, en el interior de agencias de investigación del propio gobierno, mientras que en Argentina, aunque sí existe investigación fuera del gobierno y un diálogo entre gobierno y academia, dicha investigación no incide mayormente sobre las decisiones.

El capítulo de Blanca Torres sobre México es un estudio detallado del desarrollo del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y de la forma en que la investigación lo acompañó. Como se sabe, este tratado fue el pionero en su tipo para los países de América Latina; por lo tanto, quizá no deba sorprender la enorme cantidad de estudios detrás de las negociaciones mexicanas: ciento setenta monografías, que constituyeron “el más completo panorama económico jamás realizado en México” (p. 149). Estos estudios, como en los casos de los otros países, también sirvieron más bien para legitimar y apoyar una decisión tomada, aunque Torres destaca también el impacto que el tratado ha tenido en el desarrollo ulterior de la academia mexicana y la forma en que ésta a su vez ha venido a ampliar y democratizar posteriormente los términos del debate. Así, la autora resalta cómo muchos estudios recientes han insistido en que el crecimiento del comercio internacional por sí solo no garantiza el desarrollo, ya que existen otras condiciones que también favorecen la atracción de capitales, como el Estado de derecho, el nivel educativo, etcétera.

Un segundo libro recientemente publicado sobre el tema de la relación entre investigación académica y política comercial externa, *The Politics of Trade*, es coordinado por Diana Tussie, también profesora de Flacso-Argentina. En este caso se trata de una colección de once estudios igualmente de distintos autores, pero que siguen en forma más sistemática la técnica del “episodio” (se identifica un episodio de cambio y se analiza “hacia atrás” su relación con la investigación). Si bien incluyen países de América Latina, también entran los de otras regiones del mundo en desarrollo así como de países más desarrollados. ¿Aplicaría también para ellos la conclusión general del libro editado por Botto, esto es, que la investigación ha resultado ser más bien un instrumento legitimador de la apertura comercial?

La coordinadora de este segundo libro presenta la respuesta también en un cuadro, que relaciona el tipo de investigación con el tipo de cambio en la política comercial. Divide así el primero en investigación como ideas, como datos y como argumentación, y al segundo en cambios instrumentales y conceptuales. La ampliación del foco regional de análisis en este libro permite identificar seis casos en los que la investigación tuvo un impacto en el cambio conceptual de la política comercial exterior. En los primeros tres la investigación ofreció ideas. Se trata del Tratado de Libre Comercio entre Canadá y Estados Unidos (1985-1989), estudiado por Gómez y Gunderson, del Protocolo de Bienes de Capital entre Argentina y Brasil (1985-1988), estudiado por Botto y Bianculli, y del giro en la posición comercial de la India desde una visión defensiva y hacia el interior a una orientada hacia el exterior (2005-2006), estudiado por Das. En los otros tres casos que involucraron un cambio en la política, la investigación más bien ofreció argumentos. Estos últimos tres casos son la adopción por parte de Nigeria de la Tarifa Externa Común de la Comunidad Económica de los Estados Africanos del Oeste (efectuada en 2005), estudiada por Ajayi y Osafo-Kwaako, el Acuerdo para la Sociedad entre Egipto y la Unión Europea (1995-2005), estudiado por Ghoneim, y la participación en el desarrollo de la normatividad de la Organización Mundial del Comercio por parte del Grupo de los Veinte (2003-2005), estudiada por Narlikar y Tussie.

Con todo, dado que aportó ideas más que argumentos, parecería que es en los tres primeros casos donde podría observarse una influencia decisiva de la investigación, aun cuando en los otros tres haya podido ser relativamente significativa. Y de esos primeros tres casos, Canadá ofrece el mejor ejemplo de influencia debido a la solidez, independencia y profundidad de la investigación en cuestión, al grado de su impacto en las decisiones y a los efectos que las mismas tuvieron sobre estos dos países y el mundo. En este sentido, es muy probable que las conclusiones bien fundamentadas y claramente favorables al libre comercio entre Canadá y Estados Unidos de la

famosa Comisión Macdonald hayan influido sobre la decisión de México de proponer un tratado comercial con los Estados Unidos—que al final sería un tratado entre los tres países— y que rompió con la hasta entonces resistente visión aislacionista mexicana y posteriormente con la de otros países latinoamericanos. Aunque el impacto de la investigación parece menor en los otros dos estudios que involucran un cambio conceptual—sobre Argentina y Brasil uno y sobre la India el otro—, adquiere de todas maneras relevancia en la medida que muestra que aun en los países en desarrollo la academia puede tener una incidencia más allá de la mera legitimación de las decisiones.

A los capítulos anteriores se agregan otros tres textos con temas específicos. El realizado por George y Kirkpatrick se refiere al programa de “análisis de impacto de sustentabilidad”, que ofrece un grado potencialmente útil de sofisticación y sistematicidad, pero que por desgracia ha tenido un impacto limitado. Otro capítulo adicional es el de Mably sobre el uso de la investigación por parte del Grupo de los 33, en el que el autor muestra como ésta ha tenido efectos importantes, aunque de nuevo mayores conforme los temas comerciales se especializan. Por su parte, el capítulo desarrollado por Joeques se diferencia de los demás porque versa sobre “el otro lado de la ecuación”, esto es, sobre cómo la política comercial influye la investigación. Esto confirma el carácter dinámico y complejo de la relación entre ambas, al que Tussie se refiere también en su introducción.

Como en *Saber y política en América Latina*, *The Politics of Trade* representa un esfuerzo amplio y bien coordinado de investigación conjunta, en este caso guiada por una técnica de investigación común (los “episodios”). Aquí la pinza abierta por el capítulo introductorio de Tussie, que discute los problemas y oportunidades del estudio de la relación entre el trabajo académico y la política comercial, se cierra con un capítulo conclusivo escrito por Carden, quien analiza las distintas hipótesis planteadas por la coordinadora del volumen. Una de las más notorias conclusiones señala: “la investigación (de alta calidad) agrega valor donde existe apertura al cambio en el contexto de la política pública, buena alineación con intereses clave, relevancia para un problema económico y donde los investigadores desarrollan las habilidades necesarias que requiere el intento de influir en la política: comunicación, relaciones y oportunidad” (p. 297).<sup>2</sup>

Sin duda, los dos libros aquí reseñados revisten una importancia tanto teórica como práctica. En cuanto a la teoría, se vinculan por supuesto a

<sup>2</sup> Sobre la importancia de la comunicación para la difundir la investigación, puede consultarse Celine Beudet, Pamela Grant y Doreen Starke-Meyerring, *Research Communication in the Social and Human Sciences: From Dissemination to Public Engagement*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, 2008.

diversos debates y agendas de investigación académica, como las del papel de las ideas, la investigación y las “comunidades epistémicas”<sup>3</sup> en las políticas públicas nacionales e internacionales; o, en forma más indirecta, se relacionan con los debates entre algunos enfoques de las relaciones internacionales (por ejemplo entre el constructivismo y el neo-realismo). En cuanto a los términos prácticos, por tratarse de investigación que no se realiza en la “torre de marfil” sino que busca ser utilizada, ambas obras se vinculan con el tema más general del papel y la utilidad de la investigación académica para una sociedad. Con todo –no obstante Keynes–, de acuerdo a estos dos libros, la investigación ha tenido influencia insuficiente en la política comercial.

Si aceptamos la postura más bien optimista de Botto, dicha insuficiencia puede haberse reducido en los últimos años. Sin embargo, considero que en buena medida aún persiste, lo cual es lamentable por al menos dos razones. En primer lugar, porque se trata de una política eminentemente distributiva, donde los grupos ganadores y perdedores son más claros. En segundo lugar, porque refleja el aún limitado alcance de nuestras “democracias”. En ellas, las decisiones públicas en ésta y otras áreas, si bien no pueden derivarse siempre en forma directa de la investigación, sin duda todavía se podrían beneficiar bastante de las visiones mayormente públicas, plurales y críticas que la investigación suele involucrar, y cuya importancia ha sido destacada por autores tanto del siglo pasado como del actual.<sup>4</sup> Hacer de ese objetivo una realidad sigue siendo una responsabilidad de los investigadores, pero sobre todo de los gobernantes.

JOSÉ LUIS MÉNDEZ

<sup>3</sup> Véase P. M. Haas, “Introduction: Epistemic Communities in International Policy Coordination”, *International Organization*, vol. 46, núm. 1, pp. 1-35; Paul Sabatier y Hank C. Jenkins-Smith (eds.), *Policy Change and Learning: An Advocacy Coalition Approach*, Boulder, Westview Press, 1993; y See Seng Tan, *The Role of Knowledge Communities in Constructing Asia-Pacific Security*, Nueva York, The Edwin Mellen Press, 2007.

<sup>4</sup> Véase Karl Popper, *The Open Society and Its Enemies*, Londres, Routledge, 1945; y John Willinsky, *If Only We Knew: Increasing the Public Value of Social-Science Research*, Londres, Routledge, 2000.